

Hechos 2:1-21

Hechos 2:1-21

Poder de lo alto, eso es lo que necesitamos. Si vemos nuestras vidas, nuestras obras para el Señor, muchas veces confesaremos que parece que falta poder. Falta poder para extender el evangelio. Falta poder para resistir las tentaciones. Falta poder para adorar al Señor debidamente en los cultos. Falta poder para creer con la certeza que nos gustaría tener.

Hermanos: no tiene que ser así. Cristo dijo a su iglesia que hay poder, y que nosotros lo podemos tener. Cristo dijo que: "Recibiréis poder, cuando haya vendido sobre vosotros el Espíritu Santo". Y cuando vino sobre los discípulos en el día de Pentecostés, había grandes muestras de poder. Si nosotros queremos el mismo poder, nos será muy útil ver el poder que recibieron los discípulos en el primer Pentecostés. Nosotros quizás no tendremos las mismas señales visibles, pero el mismo poder ciertamente lo podemos tener. Vamos a ver, entonces, el poder que da el Espíritu Santo. I. Poder para hablar. II. Poder para creer. III. Poder para vivir.

Se acuerdan, supongo, de Pedro, cuando se sentó entre los soldados mientras enjuiciaban a Jesús. Poco antes había afirmado con gran valor que nunca negaría a Cristo. Y cuando tuvo su mejor oportunidad de dar testimonio de la verdad de Jesús, lo negó con juramentos. Se pensaba fuerte, pero le faltaba el poder. No se encontró capaz de defender en lo mínimo a su Señor.

En el día de Pentecostés lo vemos otra vez. Esta vez, en presencia de miles de personas, Pedro atacaba valientemente la incredulidad de los judíos, y afirmaba que Jesús era el Señor de gloria y el único Salvador. ¿Qué cambiaba a Pedro de un cobarde a un héroe? Fue el Espíritu Santo, quien vino sobre él y los demás que estaban con él, aquella mañana.

Ya no se callaba Pedro. Y no negaba su fe. Ahora hablaba. Y vemos de esto que en primer lugar el Espíritu Santo da poder para hablar.

El espíritu Santo no siempre da palabras dulces y agradables para hablar. A nadie le gusta llevar malas noticias. Pero para ser fieles a Cristo es necesario que hablemos un mensaje de malas

noticias antes de poder proclamar las buenas nuevas. Jesucristo mismo reprendía el pecado del pueblo, y lo crucificaron. El que hablara a ese pueblo en la misma forma no podría esperar otra cosa que la misma muerte que sufrió su Señor. Pero Pedro, que en un tiempo había negado a Jesús para salvar su vida, ahora no tenía temor de decir cosas como: a Jesús, a quien ustedes saben que Dios lo envió, porque hizo muchos milagros; ustedes le prendieron y lo mataron. Pero Dios lo levantó y lo sentó en su trono... ustedes, gente de Israel, sepan, que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron: Dios lo ha hecho Señor y Cristo". Llamó a los que no aceptaban a Cristo una "perversa generación".

Si todo su propósito hubiera sido ofender y enojar a las personas, no podría haber encontrado palabras más fuertes. Pero no fue Pedro que las escogió. Las recibió del Espíritu Santo. Y el que cree que es fácil hablar tan fuertemente contra el pecado, sin temer los resultados si los hombres se rebelan en contra de su predicación, no ha tratado de hacerlo. La tentación siempre está a la mano de suavizar el mensaje, de agradar a la carne de los hombres en vez de crucificarla, de presentar un camino al cielo que no requiere el arrepentimiento. Si no enojamos a nadie, tampoco salvaremos a nadie. Se habla de Juan Wesley cuando le enviaron dos candidatos para el ministerio, que tenía solamente dos preguntas. "¿Has convertido a alguien?" Y "¿has enojado a alguien?" Supo que si es el mensaje del Espíritu Santo, tiene que llevar al arrepentimiento o al coraje.

El Espíritu Santo tiene el mismo mensaje hoy, y todavía pastores y maestros y laicos necesitan el poder del Espíritu Santo para hablar fielmente a una generación igual de perversa como la del tiempo de Pedro. Todavía el Espíritu Santo quiere anunciar a cada uno de nosotros que son nuestros pecados que mataron a Jesús, y que no hay otro escape para ninguno de nosotros sino el arrepentimiento.

Pero el Espíritu también da poder para hablar el mensaje de la gracia. Si es difícil hablar franca y fuertemente del pecado, es mucho más difícil hablar el evangelio. Es una tontería para los hombres, y muchas veces ocasionará más bien burla que agrado en nuestros oyentes. Pero Pedro no pensaba en los resultados, el Espíritu le dio el mensaje y el poder para hablarlo. "Todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo", dijo Pedro, citando de la Biblia. Y lo explicó: "Bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la

promesa de y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare". No vaciló en declarar a todos los pecadores contritos y arrepentidos que en Jesucristo había salvación, perdón de los pecados.

Hermanos, el Espíritu Santo tiene el mismo mensaje para nosotros hoy. Y para hablarlo, todavía es necesario el poder del Espíritu Santo. ¿Creen ustedes que su pastor puede salir al púlpito y hablar por su propio poder y habilidad? No es así. Si lo hace, todo será en vano y será un gran fracaso. Pero les pregunto: ¿Cuándo es la última vez que tomaron el tiempo durante la semana para pedir la bendición del Espíritu Santo en el mensaje de su pastor para el domingo siguiente? ¿Cuándo es la última vez que oraron antes del servicio o durante el servicio que el Espíritu Santo infundiera con poder las palabras habladas en ese servicio? No debe sorprendernos si falta poder si nunca lo pedimos. Pidámosle con fervor, que dé al pastor poder para hablar, y habrá poder suficiente y por demás

Pero no solamente el pastor necesita este poder. Todos lo necesitamos. ¿No han tenido la experiencia de sentir la absoluta necesidad de hablar y reprender el pecado, pero por temor se callaron? ¿No han visto ocasiones en que la pura palabra de Jesucristo era exactamente el remedio necesario, pero guardaron silencio, no sabiendo cómo sería recibido? Así seguirá siempre mientras dependemos de la inutilidad que llamamos nuestra habilidad o nuestro poder. Hay que pedir al Espíritu Santo su ayuda. Hay que depender totalmente de él. Hay que creer que lo que hizo con Pedro lo puede hacer con nosotros también, y pedir que lo haga, y nosotros también tendremos poder para hablar.

II. Pero no solamente es necesario poder para hablar. También necesitamos poder para creer. La Biblia habla con bastante claridad cuando afirma que nosotros somos incapaces de creer en Jesucristo por nuestro propio poder. "El hombre natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender". "Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo". La verdad es que, si la predicación de la palabra de Dios tiene que llevar o al arrepentimiento o al enojo, el enojo es lo único que es natural en nosotros. Es lo que necesariamente pasará, a menos que el Espíritu Santo se interponga con su poder y nos convierta. Cuando Jesús hablaba de la dificultad de entrar en el reino de los cielos, los discípulos le preguntaron: "¿Quién pues podrá ser salvo?" Y es buena pregunta. Porque nadie tiene la fuerza para creer en Jesucristo y

ser salvo. Bien podrían haberse desesperado los discípulos, si Jesús no les hubiera dicho también: "Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios". ¿Posible? ¡Hasta fácil! Miren con qué facilidad Dios hace a los corazones de los que oyeron a Pedro sentir terror por sus pecados de modo que clamaron: "Hermanos, ¿qué haremos?" Y cuando Pedro les habló de la gracia y el perdón de Jesús, 3000 personas, 3000 personas incapaces por sí mismos de creer en Cristo, creyeron en él y fueron bautizados.

¿Qué es lo que creyeron? Creyeron que eran en verdad pecadores, que habían enjuiciado y matado al Señor y Cristo que Dios les había enviado. Y creyeron que precisamente en su muerte Cristo había obtenido el perdón también para ellos.

Y si hay dudas y temores en nuestros corazones, ¿tenemos que sorprendernos? La carne natural es enemistad contra Dios. Es Dios, sólo Dios, el Espíritu Santo, que puede infundir en nuestros corazones la fe en Jesucristo para nuestra salvación. Pidámosle que venga a nosotros, y habrá poder para creer.

III. Y una vez teniendo esta fe en Cristo como nuestro único Salvador, necesitamos también poder para vivir. Esos nuevos creyentes del día de Pentecostés no se contentaron con decir, creo, sino que también vivían su fe. No se imaginaban que retendrían su fe si el poder del Espíritu Santo no les sostenía. Pero la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios. Así que, continuaron en la doctrina, en la enseñanza de los apóstoles. Tampoco pensaron que podrían dejar el Sacramento sin correr el riesgo de perder su fe y no obtener la corona de la vida. Así siguieron en el partimiento del pan. No creían que podrían pasar ni un solo día sin poder de lo alto, y así siguieron en la oración. Y no vieron como indiferente lo que pasaba con los demás, porque eran un solo cuerpo en Cristo, y lo que hacía daño a uno afectaba a todos, y guardaban la comunión unos con otros.

Hasta el uso de su dinero fue afectado por el poder del Espíritu Santo, porque nos dice que "vendían sus propiedades y bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno". Su vida social fue cambiada. "Partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón".

¿Y nosotros? ¿Cómo nos comparamos con los primeros cristianos? ¿Tenemos el mismo gozo e interés por la enseñanza de la palabra, el mismo anhelo por el Sacramento, el mismo

fervor en la oración, la misma unidad y comunión unos con otros? ¿Está vencido igualmente en nosotros el egoísmo, para que compartamos con gozo nuestros bienes para el reino de Dios y el bien de nuestro prójimo? ¿Cómo nos comparamos con ellos? ¿No es tiempo que oremos con favor "Ven, espíritu Santo. Ven a nosotros con tu poder? Calienta nuestros fríos corazones. Danos poder para hablar, para ser más firmes en creer, para vivir totalmente para Cristo. Ven Santo Espíritu, con tu poder de lo alto, y nosotros venceremos todo con tu ayuda". Amén.